

Identidad y diversidad: Una propuesta para conocer el servicio militar

José Luis ANTA FELEZ

I. INTRODUCCION

El servicio militar es una realidad socio-cultural compleja, no sólo para la sociedad española en general, que así lo expresa, poniendo de relieve las muchas paradojas que esta institución suscita, sino, también, para el propio investigador; yo mismo me he visto en la tesitura de reelaborar el material varias veces (tanto el salido de los 15 meses de trabajo de campo en un acuartelamiento militar, como el de gabinete), pues la correlación entre los datos etnográficos, las teorías marco y la consiguiente elaboración del cuadro explicativo se confunden y cristalizan en uno solo con demasiada facilidad.

Es indudable que esto mismo ocurre con todo proceso de acercamiento antropológico, independiente del tema u objeto que se trate. Sin embargo, el servicio militar como objeto de estudio tiene una dificultad añadida: frente a las macro-proporciones del servicio militar, la base etnográfica se realiza en ciertos micro-espacios definidos, los cuarteles, en donde existen multitud de experiencias personales diferentes; ello hace difícil, primero, sacar conclusiones válidas de tipo general, y, segundo, aplicar un modelo operativo pertinente para cada una, y todas a la vez, de las unidades analizables.

Otra dificultad añadida para el análisis supone la multitud de acercamientos que se pueden realizar sin, aparentemente, desviarse del propio objeto de estudio, que pueden ir desde las económicas a las sociológicas, desde lo funcional a lo simbólico. En cualquier caso, dos son las visiones en que se pueden resumir todas ellas, en primer lugar, aquéllas que resaltan lo explicativo, y, segundo, aquéllas otras que priman lo comprensivo (el discurso).

Para las de carácter explicativo, el principal argumento es que el servicio militar sirve para algo, es decir, tiene unas funciones determinadas para la sociedad: homogeneizar, socializar, integrar, nacionalizar o servir como mecanismo de control social (todo ello, y más, según Barroso, 1991).

Por el contrario, para las visiones de carácter comprensivo no importa tanto para qué vale (cómo es) sino qué es; lo que lleva a considerarlo en la

mayoría de los casos como un ritual de iniciación (tal cual hace Zulaika, 1989). Por lo que consiguen poner el tema en correlación con la enorme literatura etnográfica sobre la iniciación, en concreto, y sobre los procesos rituales, en general.

Entre estos dos polos existe todo un *continuum* a tener en cuenta, donde la propuesta hermenéutica sigue teniendo una importante validez. A grandes rasgos se puede afirmar que todo proceso de acercamiento etnográfico es conocer, lo que significa dar una interpretación. Interpretación que ya es de por sí una explicación. La radicalidad propuesta entre formas explicativas y de conocimiento tiene que ser contrastada con el material etnográfico. Todo lo cual significa que el transfondo del problema no es cómo se establece el proceso de lectura y escritura etnográfica, sino cómo la subjetividad del investigador y su situación personal establecen el discurso etnográfico.

Este tipo de problemas se hacen evidentes ante un tema tan «controvertido» como el del servicio militar. Para abordar cualquier forma explicativa hacen falta muchos datos etnográficos, siempre contrastables y con una difícil contextualización teórica. Sin embargo, los modelos comprensivos se mueven bajo una serie de supuestos donde la cantidad de los datos y su calidad no es tan importante como el de la necesidad de desarrollarlos bajo marcos teóricos muy generales. Quizá de ahí que la dificultad para realizar un trabajo de campo exhaustivo haya sido la causa de que lo comprensivo prime sobre lo explicativo, a lo que habría que sumar la facilidad para añadir el servicio militar a la tradición etnográfica de ver más cultura en los rituales que en otros acontecimientos sociales.

II. IDENTIDAD Y DIVERSIDAD

La complejidad que se le supone al propio servicio militar nace y se desarrolla en sí mismo, en la medida en que su definición es polivalente y multicontextual. No es fácil, pues, explicar brevemente qué es el servicio militar, y sus propios teóricos tampoco parecen estar de acuerdo, lo que en cierta medida recrudece el propio debate que sobre él se pueda mantener. Atendiendo a una primera definición, se afirma que:

«En los textos jurídicos y doctrinales el Servicio Militar aparece siempre como un servicio a la comunidad, un servicio que es, a la vez, derecho y deber, un servicio que es un “alto honor”» (Alvira, 1987: 19-20).

Puede concluirse que observándolo de lejos parece sencillo, lo que desconcierta es la coletilla final, eso de «un alto honor». Es indudable: este camino nos lleva a una salida válida.

A falta de otros puntos, y resumiendo mucho, podemos decir que el servicio militar es un servicio para con la comunidad, el cual realizan (por

conscripción nacional) los varones de una determinada edad (de 18 a 27 años) que cumplan unos requisitos de «bienestar» físico y psíquico, durante una cantidad de tiempo que ronda el año y en unas instalaciones pertenecientes al ejército, como parte de la tropa y asimilados a los esquemas y funciones de la vida castrense.

Esta forma de servicio militar está presente en las más diversas sociedades, aunque ha proliferado más en los países de la órbita occidental y, en concreto, en todos aquéllos más influenciados por las ideas de la Revolución Francesa —con los cuales tiene más que evidentes conexiones—. Es seguro, por lo tanto, que las formas homólogas son más comunes que lo que cabría esperar. Incluso se puede afirmar que existe una identidad de base entre el servicio militar español y cualquiera de aquéllos que se realizan en el resto del mundo.

En líneas generales puede decirse que el servicio militar por conscripción nacional no existe o ha sido abolido en aquellos países de tipo anglosajón (EE.UU., Gran Bretaña, Irlanda, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, India, Paquistán...), manteniéndose en muchos de los países europeos, latinoamericanos y asiáticos. Existe, a tenor de lo dicho, una evidente base para un estudio del servicio militar como parte de los servicios de los ciudadanos para con sus propios Estados; en este sentido, la aplicación de un modelo como el de institución total se muestra de lo más operativo, gracias a que su aplicación resulta de la universalización de los conceptos de base a cada uno de los datos tomados en el trabajo de campo, a la par que permite elevar a un nivel general (como macro-estudio) lo que en realidad es tomado en el trabajo de campo como una parte concreta (micro-estudio).

Esta aparente facilidad que ofrece la aplicación del modelo de institución total, a la hora de conjugar lo micro y lo macro, se torna en complejidad cuando se intenta abordar el servicio militar como una respuesta institucional desde un plano cultural. En definitiva, lo que no parece tan claro a la hora de observar el servicio militar como una institución total es que frente a la aparente identidad, que existe entre los múltiples servicios militares repartidos por todo el planeta en los 200 últimos años, se contraponen cómo se muestra y materializa en la diversidad de culturas que los han promocionado. En efecto, el problema de la identidad vs diversidad se establece en el servicio militar como un tema que no tiene una rápida solución.

Aunque es verdad, no basta con argumentar el proceso de aculturación: el servicio militar como modelo político-cultural que se ha exportado, tal cual, a todo el mundo desde la vieja Europa, hay, además, que concretar cuáles son las bases culturales que lo sustentan. Es este sentido el que retomo para mi propio trabajo: el servicio militar español explicable desde el modelo de institución total, pero ponderándolo desde las bases culturales que desde antaño lo promueven. Por todo ello, se muestra con especial énfasis el proceso que se origina en el servicio militar para con los soldados, donde el *deber ser* y el contexto de la sacramentalidad ritual se dan con una sobrecarga cultural, concretando lo que tiene de diversidad, más que de identidad, con otros servicios militares.

Seguramente el componente institucional que se deriva de observar el servicio militar como una institución total lo hace más parecido de lo que se desearía —como antropólogos— a otras instituciones de nuestro mundo occidental, pero no por ello debe dejar de tener interés, quizá sea un buen punto de arranque concretar que la diversidad es, en muchos casos, parte del discurso antropológico, más que de la realidad vivencial de los actores a los que estudiamos, por lo que la identidad entre instituciones tampoco ha de ser ni parte de un desánimo generalizado hacia el tema, ni, por supuesto, la «piedra de toque» con que esconder el profundo sistema cultural que de hecho existe tras la institución.

III. INSTITUCION TOTAL

Como ha ocurrido en cierta medida con el modelo de *rite de passage* de Van Gennep (1986), que si no se contextualiza y reamplía, o no resulta operativo para ser aplicado a nuestras «modernas» instituciones sociales, o, por el contrario, sirve para ser empleado con todo, el modelo teórico de institución total de E. Goffman (1987) tiene los mismos visos, y, como ya ocurriera en la primera mitad de este siglo con el de *tótem* podemos acabar utilizándolo para casi con todo.

No creo, sin embargo, que estuviera en el ánimo de Goffman que se utilizara su modelo para cosas tan dispares como los caseríos vascos o la Conferencia Episcopal Española (se comprenderá, por lo irrelevante y anecdótico, que no de las referencias); sin embargo, por institución total se entiende un planteamiento que es ciertamente mucho más mundano:

«Una institución total es un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente» (Goffman, 1987: 13).

Esta definición es claramente explícita y, a pesar de que el consiguiente desarrollo de la teoría se torna en «monolítica» y desimplementada del discurso etnográfico, no parece que tenga detrás más razonamiento que el expresado; lo que significaría que habría «pocos» casos donde su utilización estaría plenamente justificada, aunque uno de ellos sería, sin lugar a dudas, con los soldados que cumplen el servicio militar en un determinado lugar.

Sin entrar en más detalles, baste recordar que sólo, y únicamente, se podría decir que el servicio militar es analizable desde el modelo de institución total si hacemos referencia al marco espacio-temporal que es un cuartel, en relación con aquellos individuos que están realizando el servicio (*los internos*, que denominaría Goffman). Si hacemos referencia a los cuarteles en general, ampliándolo al ejército, sería más justo utilizar otras concepciones institucionales, entre las que bien podría encontrarse la de *institución voraz*,

que a pesar de su funcionalismo y psicologismo de base es reutilizable para estos casos:

«Grupos y organizaciones que, en contradicción con las tendencias dominantes, demandan la adhesión absoluta de sus miembros, y pretenden abarcar toda su personalidad dentro de su círculo» (Coser, 1978: 14).

No es, tampoco, el caso por ahora, para el cual es válido el modelo de institución total, pero —que conste— sólo se utilizará aquí como marco de actuación, no como explicación absoluta del servicio militar, que abordaré desde otros puntos de vista, menos sociológicos y más implementados en el discurso etno-antropológico.

El servicio militar como institución total cristaliza las coordenadas espacio-temporales de sus internos, los soldados, en función de sus principios institucionales, planteados en el sentido de ser una *finalidad institucional* (no entro en el tema de la institución total más allá de lo estrictamente necesario, pues ya lo he hecho en Anta, 1988, 1990; a la par que preparo un trabajo crítico-teórico sobre el tema institucional en concreto). El espacio de un cuartel está bien definido y se formaliza desde el mismo momento en que se crea la «carta fundacional», la cual es parte de la legislación del Estado; aunque entre los soldados se da por hecho que es parte del *discurso institucional*, situado por encima de ellos, y que en principio no tiene un reflejo claro en las leyes del Estado, es una vivencia de hecho, no de derecho. De esta manera, para los soldados la delimitación del espacio demarca las fronteras internas y externas de su situación, tanto vital, como formal.

Los muros, las alambradas, la única puerta practicable, la centralización de los servicios, la concreta colocación de los espacios, entre otros aspectos, responde a una necesidad de «orden» interior, a la par que a una delimitación de la binariedad entre lo propio, el nosotros cuartelario, y lo ajeno, establecido como el enemigo. Entre los soldados el «orden interior» y las delimitaciones binarias se establecen conjuntamente como parte de su vida en el interior del cuartel. Sin embargo, desde un plano analítico, las diferencias son fundamentales, pues es evidente que el «orden interior» responde al plano de la organización social de la vida militar establecido en una identidad con otras muchas formas de ejércitos del resto del mundo; es en el plano de las delimitaciones binarias donde se establece mucho del discurso cultural que aquí quiero analizar, y de donde lo específico de cada ejército se hace más evidente.

Esta delimitación binaria es parte de la experiencia concreta de los soldados, a quienes no se les dice que no pueden saltar la alambrada que delimita formalmente el espacio cuartelario, al igual que no se hace una referencia directa a que no puedan comer fuera del comedor o de la cantina, simplemente la explicitación de dichos hechos no existe; sólo se pueden entrar por un sitio, comer donde se ha marcado, el resto de las posibles alternativas quedan eliminadas por un simple proceso de exclusión. Existe un *Código de Régimen Interior*, que delimitaría cómo ha de ser el interior de un acuartelamiento

desde un modelo teórico de «orden legal», y que en realidad guía los pasos de los soldados; sin embargo, su desconocimiento por parte de la tropa es evidente, que actúa según las imágenes que les son conferidas gracias a la delimitación binaria.

Decía que en la delimitación binaria ante un hecho dado sólo hay una única respuesta; cuando se «manda» correr o hacer cualquier otra cosa a un/ os soldado/s quedan, automáticamente, eliminadas todo el resto de posibilidades que existen. Durante el período de instrucción lo normal antes de comer era ir a hacer un poco de «sano» deporte, se ponía a los soldados en el campo de fútbol, con un balón en el centro, y se les mandaba dar vueltas corriendo al campo (en cierta forma se trataba de un partido, no sólo porque había varios bandos enfrentados —para ver quién corría más—, sino que allí concurrían todos los elementos necesarios: deportistas, balón, campo reglamentario...), aparte de otras muchas cosas que ahora no vienen al caso, resultó que en un momento dado uno de los reclutas, con pocas condiciones físicas, se fue retrasando del grupo general hasta que lo perdió, fue entonces cuando paró de correr, totalmente exhausto; el sargento encargado del grupo se le acercó y le mandó seguir corriendo, el soldado dijo no poder y no movió ni un solo músculo, fue arrestado y privado de su pase para el fin de semana. Más tarde observaremos las implicaciones que suponen la literalidad de este hecho, por ahora basta con recordar que, ante la «orden» de correr una determinada distancia, o durante un tiempo dado, no cabe otra cosa que hacerlo, no existen más posibilidades (quedan eliminadas por exclusión) que la referida de antemano.

La delimitación de la binariedad empapa todas las actuaciones de los soldados, los cuales se ven constantemente en la tesitura de actuar tal cual se dice, tomar cualquier otra postura es entendido como el no obedecer, es decir, el no hacerlo, no existe ninguna otra posibilidad.

En el cuartel, como institución total, todo queda referido a lo que está formalizado, ya sea porque es parte del orden interno, ya sea porque responde a la idea de la delimitación binaria. En este sentido, todo el marco de actuación, tanto en el tiempo, como en el espacio, entra dentro de aquello que está fijado de antemano; esto, unido a que todo se hace junto a otros muchos que no se diferencian en nada (visten igual, hablan igual, tienen las mismas cosas, hacen lo mismo), hace que el núcleo básico de la personalidad individual se minimice, quedando a disposición de los márgenes institucionales (lo que resulta dar una cierta rienda suelta al despotismo personal de los mandos, que basen de su poder para manejar a los soldados).

Este espacio marginal, donde la actitud de un grupo queda referido a la interpretación que del fin institucional puede dar otro grupo al que está supeditado, crea una conformación de los hechos bajo actuaciones de tipo ritual, como ocurre con el saludo, siempre del inferior al superior, o con el habla, donde se interrelaciona la «pertenencia» de una persona a otra. Así, se dice «a la orden, mi sargento», de donde la partícula «mi» es el reflejo de a quién se está supeditado (el que ordena).

De todo esto que hasta ahora he dicho se pueden sacar dos importantes conclusiones, a saber: primera, que la conformación de la institución no permite el tiempo y el espacio individual; por lo cual existe un cúmulo ideológico que atraviesa todas las facetas de los individuos en el interior de la institución, estableciendo lo que ha venido a llamarse *transversalidad* (Guattari, 1976). Y, segunda, que la jerarquización del grupo empapa todas las formas de actuación y comunicación que se puedan dar, lo que remarca, con más fuerza, la división en estamentos estancos, relacionados por una lógica ritual de sumisión al superior, lo que se conoce como *segmentariedad* (Ortigosa, 1977. VVAA, 1977).

Llegado a este punto tengo suficientes elementos de juicio como para hacer un intento en el análisis en profundidad del servicio militar; así, pues, se recordará que en la definición del propio Goffman de institución total se hacía patente la importancia del espacio, pero no es menos la que le confería al tiempo, y es que éste conforma gran parte de lo que es en sí misma la institución, basado en que todo tiene un principio y un fin.

El servicio militar tiene un final, y que este final sea supervaloración entre los soldados, al igual que se hace entre los mandos, ya que establece la posibilidad a la hora de ascender en la escala jerárquica, hace válida la máxima militar de que *el tiempo es un grado*, como conformador de las consiguientes posibilidades de revalidación militar. Por lo que, tanto dentro del ejército, como socialmente (en la medida que ir al servicio militar es pasar favorablemente el ritual iniciático general), el «grado» es conferido directamente por y para el tiempo, que en este medio es concebido como *status* y, por lo tanto, como único punto de inflexión personal frente al grupo.

Los soldados, como luego mostraré, se organizan en función del tiempo que tienen cumplido de servicio en filas, dividiéndose entre novatos y veteranos; sin embargo, todos ellos luchan por conseguir *la blanca* (Cartilla Militar, que se entrega cuando los soldados se licencian). Es una estipulación del tiempo personal de servicio que se convierte en tiempo que se entiende a la luz del grupo, el cual gestiona, formal, e informalmente, las etapas a pasar y la cantidad del *status* que conlleva. De esta manera, se crean una serie de imágenes de un alto contenido simbólico, que se muestra, más allá de lo evidente, como parte del entramado de posiciones individuales con respecto al grupo, el cual gestiona, también, el contenido semántico de dichos símbolos.

En la simbiosis que se hace, con el denominador común del tiempo, entre *la blanca*, la licencia, el *status* frente al grupo y la consiguiente división en grupos jerárquicos, se cristalizan, fundamentalmente, las aspiraciones individuales, por un lado, y, por otro, las posibilidades censitivas del grupo. De esta manera, el tema del tiempo se conforma como algo real, físicamente tangible, que incluso en sus formas simbólicas se da a entender como parte de los hechos sociales.

Así, pues, todo es bajo el consenso grupal susceptible de ser tiempo, a la par que cargado de los valores nacidos de la simbiosis militar del tiempo:

el pan (*chusco*) que se come a diario se convierte en medida de cuenta temporal, «me quedan 115 chuscos (= día) para la blanca», o con las guardias, los días de cuartelero (el que «cuida» la unidad o el destino), que le quedan por cumplir; todo aquello que sea susceptible de contarse se tomará como medida de cuenta temporal para la consecución de una finalidad, de donde la licencia es la más alta aspiración, aunque existen otros hitos intermedios, como la Jura de Bandera, pasar de novato a veterano, etc.

El núcleo básico de asociaciones entre el tiempo y otros elementos puede llegar a ser inimaginable, y en cierta medida tiende a ser una mezcla de entendimientos entre el lenguaje institucional (aquél que se utiliza únicamente en los márgenes de la institución), su proyección popular (dando por hecho que mucho del lenguaje militar es usado por el común de la sociedad) y las aspiraciones y frustraciones del grupo conformado por los soldados.

Frente a la lógica militar, que se encuentra en la aseveración existente en todas las puertas de los acuartelamientos españoles (incluidas las *casacuartel* de la Guardia Civil), de *Todo por la Patria*, los soldados la reforman cambiándola por un «todo por la blanca», el cambio (juego) de palabras, de Patria a «blanca» (con el consiguiente significado que antes le he dado), estipula un «juego» de relaciones importantes: la Patria es el interés último del mundo militar, y justificación radical de su *ser* como organismo social; la «blanca», la aspiración de la licencia, es el interés último de los soldados, lo que explica su utilización como justificación radical de su división en grupos jerárquicos enfrentados entre sí (novatos y veteranos), a la par que también es la valoración en la sociedad civil del servicio militar como ritual iniciático efectivo.

Dando por hecho que Goffman no dio nada de lo que aquí estoy diciendo por obvio, es indudable que lo que aquí trato como institución total es una interpretación, que «supera» con mucho lo estipulado en el modelo; para Goffman lo fundamental era cómo se desarticula el *ego* personal de los internos, mientras que lo que aquí propongo es cómo a esos mismos internos se les conforma, bajo formas ritualizadas, en una actitud valorativa (que no exclusivamente ideológica) que está en relación directa con las formas de pensamiento culturalmente establecidas.

Sin embargo, de lo que sí habló mucho Goffman es del mundo funcional que rodea a los internos, es decir, cómo es la cara física de la institución, con el sano principio de alimentar su idea de institución total (como lugar donde se totaliza la vida de unos individuos); en este sentido, es claro que el punto radical, del que arranqué a la hora de investigar, es cómo se conforma esa totalidad, la cual sólo es tal para los internos. Es en este sentido lo que desobjetiviza y recontextualiza a la luz de la institución el tiempo y el espacio, el trabajo y el ocio, o cualquier otro punto que se tome, en función de las ideas institucionales.

De esta manera se observará que existen, por lo menos a priori, dos actitudes continuadas por sendos grupos: los internos y los cuidadores, que en mi caso se concretaría en soldados y mandos. La particularidad del ejército,

a este respecto, consiste, básicamente, en que el primer grupo no es compacto con unas subdivisiones definidas (contrariamente a lo que creía Goffman) y, por su parte, que los cuidadores se mueven no bajo la idea básica de Goffman de cuidar y reformar el *ego* de los internos, sino que están vinculados a la institución por perspectivas de motivación personal («vocación») y, en concreto, identificados con su código valorativo expresado en la «defensa de la Patria». Todo ello deja claro dos cosas, una, que el modelo de institución total es operativo en cuanto que ofrece un marco de actuación preciso, y su consiguiente vocabulario, lo que vendría a concretarse en su sentido de totalizar el tiempo y el espacio de unos individuos dados, y, segunda, que hace falta una contextualización amplia cada vez que se emplea, no sólo porque valdría para todo, sino en ese otro sentido que ofrece el que sea una institución social y, por lo tanto, con una validez que le viene dada desde los códigos valorativos de la sociedad.

Al hilo de lo anterior he de recordar que este tipo de instituciones totales, entre las que se incluye el servicio militar, están sustentadas por cúmulos ideológico-valorativos muy relacionados con aquella burguesía que nació a la luz de ilustrados del XVIII; las cuales se han perfeccionado en el siglo XIX, lo que, en definitiva, ha marcado gran parte de su último sentido, dejando claro cómo son ideas (plasmadas en instituciones) referidas a la posibilidad que ofrecía un «nuevo» cúmulo valorativo, lo que sin duda se encuentra en el servicio militar de una forma inmejorable, pues venía a llenar el hueco de un servicio tradicional a Dios y a la Patria por parte de unos pocos, en un ideal de servicio al Estado burgués por parte de todo el pueblo. El siglo XIX vio nacer y crecer, entre otras cosas, las democracias populares, los códigos penales «justos», los nacionalismos y las revoluciones burguesas, pero también el colonialismo, el libre-capitalismo, la cárcel, los manicomios y el servicio militar.

Que haya una serie de instituciones sociales que se parecen tanto entre sí, en su forma de funcionamiento, no es una casualidad; quizá la necesidad de contextualización nos obliga a implementar que la institución total proviene de una particular forma de ver las cosas, desde un funcionalismo internacional, y visto así no es raro que:

«Se podría, por ejemplo, presentar un reglamento de una institución cualquiera del siglo XIX y preguntar qué es. ¿Es un reglamento de una prisión en 1840, de un colegio en la misma época, de una fábrica, de un orfanato o de un asilo? Es difícil adivinarlo [...] el funcionamiento es el mismo (y la arquitectura también, en parte)» (Foucault, 1985: 65).

Goffman estaba tomando el funcionamiento de la institución como punto de arranque, al igual que hicieron sus seguidores (Sudnow, 1971, está entre los más destacados); hoy en día tenemos suficientes datos como para afirmar que no es una cuestión de homogeneidad en los funcionamientos de las

diferentes instituciones, sino de identidad en sus estructuras, es la ideología que las sustenta lo que las hace tan parecidas.

En toda institución total el problema de base es qué se intenta hacer con los internos, ese «algo» que está definido de antemano, y que exige, primero, un marco ritualizado, y, segundo, la posibilidad de reformar (o educar, según la institución concreta) el *ser* y *estar* de sus miembros para con las necesidades institucionales, que, por extensión, son las de la sociedad general, que tienen mucho que ver con la conservación y mantenimiento de las redes de Poder (para todo este tema es particularmente útil, por lo clarividente, Foucault, 1986).

IV. LA DISCIPLINA

He hablado ya de un tema que puede ser el centro estelar de esta parte de mi trabajo, me refiero a la lógica ritual de sometimiento al superior, lo que vendría a ser el punto de encuentro entre aquéllos —entre los que yo me encuentro— que piensan más en las lógicas valoraciones que mantienen las instituciones.

La lógica ritual de sometimiento al superior se desarrolla desde el punto de vista de la disciplina, o el «principio de la jerarquía», cuya necesidad:

«Es asumida por el militar como el fundamento esencial para el funcionamiento del ejército [...] introduce, por otra parte, un principio fundamental en la vida militar a base de imponer normas objetivas de comportamiento» (Zulaika, 1989: 77-78).

El entendimiento de la disciplina como parte de un sistema racional nos introduce, de nuevo, en el clásico tema del funcionamiento; leyendo en el discurso cultural avanzaré un escalón en mi investigación, de esta manera podemos observar al hilo del artículo 28 de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, que la disciplina es, entre otras cosas:

«La disciplina obliga a mandar con responsabilidad y a obedecer lo mandado. La adhesión racional del militar a sus reglas, fruto de la subordinación a valores superiores, garantiza la rectitud de conducta individual y colectiva y asegura el cumplimiento riguroso del deber» (cf. Barroso, 1991: 255).

La disciplina es, por lo tanto, una obligación, de donde se desprende la total subordinación de unos hombres a otros. La primera consideración a tener en cuenta es que este orden se realiza en la medida que cualquier otro tipo de actuación llevaría hacia el «caos» (tal cual expresa Laguna, 1987: 42; aunque confunde, en su exposición, convivencia organizada con sometimiento a una disciplina jerárquica), como se pone de relieve en la creación de una imagen del enemigo, elaborada en el interior de los cuarteles para

los soldados (el enemigo para los mandos tiene de forma general nombres y apellidos), donde se supone que existen intentos para someter al grupo propio a un orden ajeno y diferente (el del enemigo) y, por lo tanto, caótico para con los «nuestros», y a los cuales se defiende.

En efecto, la jerarquía militar supone funcionalmente el establecimiento de una serie de «normas de comportamiento objetivo», pero establece también un orden propio, que se alimenta de la idea de que existen otros órdenes diferentes, los cuales tienden a la suplantación y erradicación del propio, y de los cuales hay que defenderse. El ejército se basa en la idea de que tiene que defender un orden dado (el punto de inflexión institucional está en que puede ser atacado), no en la medida que éste supone una normativa establecida para la organización social, sino en la medida en que es «nuestro orden», aquél que nos ha sido transmitido desde nuestros antepasados, establecido espacialmente en el concepto «Patria» (España).

Esta dicotomía tan característica de los cuarteles, que utiliza el axioma binario jerarquía vs caos, nos introduce, de lleno, en la complementariedad cultural existente entre ejército y sociedad civil; así, pues, en los momentos en que los dos grupos contactan, como es en el caso del servicio militar, o el más «atípico» en que se produce una guerra, los posibles órdenes culturales cristalizan en uno (no entro en el tema que todo esto suscita, por otro lado apasionante, de cuántos paradigmas culturales puede mantener una misma sociedad), así puede observarse con las «canciones populares» de la Guerra Civil Española (1936-1939), donde el orden de las creencias e identidades populares se retoma desde el discurso militarizado de la Patria como unidad materna (en su sentido de maternidad universal), incluso, en otro orden de cosas, el propio sentido de una «religiosidad popular» se interpreta a la luz de lo militar (particularmente útil, como ejemplos para ser analizados, es la antología de canciones populares de la Guerra Civil, hecha por Díaz, 1986).

Sin entrar en más detalles, sólo comentar que esta binariedad básica comprende el siguiente axioma:

Nosotros vs Otros: propio vs ajeno:: ejército vs enemigo: disciplina vs caos

De esta manera, el axioma está conformado como una parte fundamental del entendimiento en que se comprende la dimensión del soldado dentro del esquema básico del ejército, donde los sistemas de entendimiento binarios son la «única» posibilidad de entender en su dimensión totalizante todo lo que ocurre en los esquemas cuartelarios.

De esta manera, otro de los hechos que «esconde» la disciplina es su capacidad de servir como modelo identificativo, lo que viene a expresarse en la frase *o con nosotros o contra nosotros*. Más allá del sentido primario que le dio Goffman a la convivencia grupal en el interior de la institución total (donde la finalidad última sería la desarticulación del *ego* de los internos), la disciplina, como actitud del grupo, que actúa de forma unitaria ante

un orden, sirve para mantener al grupo unido e identificado con el ideal que emana de la orden dada, y no es casual que este sentido esté empapado de toda la simbología básica que existe en el ejército; la muerte, por mostrar un aspecto entre muchos, retoma una nueva e insospechada perspectiva cuando se mira desde la disciplina, así, el soldado (y su vida) sabe que está respaldado por sus compañeros, al igual que lo hace él con los demás. Esta confianza nacida en la responsabilidad que el soldado tiene en saber que en sus manos está la vida de sus compañeros, y viceversa, se fundamenta y asienta en los criterios de la disciplina y los principios jerárquicos del ejército.

La disciplina, entendida como aglutinador grupal, conforma de una manera «especial» —militar, que diríamos— el sentido primario de la vida y la muerte. Se cuenta en el ejército que en unas maniobras una granada estaba a punto de explotar ante un numeroso grupo de soldados, uno de ellos se tiró sobre la granada, evitando que así explotase directamente sobre el grupo; no importará si es verdad o es un «cuento» inventado, el caso concreto es que ilustra, de forma radical, el sentido aglutinador de la disciplina. Si en la vida civil contamos, de forma común entre otros sistemas, con la solidaridad como forma de aglutinamiento, en el ejército sólo la disciplina permite la creencia en los demás, la vida tiene sentido en la única medida en que está supeditada al grupo general.

Estar en una garita durante dos horas seguidas mirando el horizonte, esperar a un enemigo que en principio no tiene por qué existir, sólo se explica en la medida en que el soldado está bajo una disciplina. Lo que hace del soldado un *ser* que tiene un destino concreto: la defensa de la vida de sus compañeros (aunque por extensión defiende toda una serie de ideas superiores, ya lo he tratado en Anta, 1990: 129). Este sentido finalista que se plantea en la vida de los soldados se concreta en su unión a las armas, el servicio militar tradicionalmente es un servicio de armas, y su sentido social —y no digamos el militar— es esa íntima conexión que tiene con las armas, ya sea en su sentido real, tener un fusil-ametrallador para hacer guardias, ya sea en el simbólico, el de pertenecer a un Arma —¿quién no recuerda al Séptimo de Caballería?—.

Las armas tienen siempre un punto de mira, con una finalidad concreta, la cual, además, supone el punto de ponderación radical entre la obligación de morir por la defensa del grupo y la de matar al enemigo (Zulaika, 1989: 69); el arma es, en definitiva, el elemento que define sin más las posibilidades reales que tiene la jerarquía asentada en la disciplina.

El arma supone, además, el íntimo contacto con la propia vida en la última frontera, aquélla donde la vida/muerte propia y la vida/muerte del enemigo se confunden en una única posibilidad. Al CETME y al fusil-ametrallador, «la Z», con los que se hacen las guardias, la instrucción y las maniobras, se les llama entre los soldados «la novia», y es asignado, de forma personal, uno a cada soldado, tomando el contenido semántico de «mi CETME» en el mismo que tiene cuando se dice «mi sargento». El arma

es la posibilidad real de ser «algo», lo que se define por la íntima posibilidad de vivir/morir por el grupo, hecho que se potencia por y en el arma; a la par que entendida el arma como disciplina, en el sentido de que se acatan los «designios» de un superior, es lo único de marca la diferencia entre vivir y morir.

Ir a la garita con el CETME a realizar una guardia supone el acatamiento de la disciplina, pero es también la ponderación radical de mantener la vida propia o la del grupo al que se pertenece, sólo el arma supone la única y última posibilidad radical de mantener la vida propia y, a la vez, la de los mismos compañeros a que se está defendiendo.

V. EL DEBER SER DEL SOLDADO

Pero, a mi parecer, si hay algo que resulta sobre cualquier otra consideración del entramado formado por la disciplina y la jerarquía militar es la creación en el soldado de lo que aquí denominaremos el *deber ser*, que consiste, básicamente, en la disposición de un individuo, en cualquiera de las dimensiones que se le tome, hacia otro lado, por el hecho (en el contexto del entendimiento ritual) de que se está más abajo en la escala jerárquica. El *deber ser* del soldado le obliga, ante todo, a «ser», por encima de «estar». Si popularmente los soldados están en la *mili*, y un familiar, pongamos por caso, diría que su hijo, o su hermano, «está de soldado en Madrid», en el ejército, una vez pasada la jura de bandera, que ritualmente incorporaría al ciudadano a la situación de soldado, se consideraría que «es un soldado», con una carga valorativa en el *deber ser*.

El *deber ser* es, por tanto, una situación vital del soldado, lo que supone que su ser, todo lo que una persona puede haber sido, es o será, está reglamentado hacia y para la conformación de su grupo, en un acto de deber. El deber es la tarea impuesta por los superiores con la finalidad, en principio exclusiva, de llegar a mantener las finalidades impuestas por la institución: destrucción y aniquilamiento del enemigo y mantenimiento de los Poderes establecidos, ¿hasta qué punto?, hasta la muerte, el *deber ser* no es simplemente una obligación, es un deber que el hombre que jura la bandera tiene hasta que pierde su vida, su propio ser.

El *deber ser* impone al soldado que su vida tiene un solo sentido, la de utilizarla para vencer al enemigo, es vencer o morir. A la antiquísima *Marcha de los Fusileros* se sumaría esta letra de Mariano Tomás desde 1938 (cf. Díaz, 1986: 123)

Español nací en mi tierra.
Español voy a la guerra.
Por España, por su gloria,
voy labrando la victoria.
¡Guerra por Dios y por la fe!

¡Guerra por la España fiel!
Su bandera defendiendo
moriré, moriré.

Una segunda característica del *deber ser* de los soldados es la creencia incondicional en un sistema de valores que le es dado de antemano. Tal como pone de relieve la canción, los soldados «deben morir» en defensa de un ideal superior, entre los que se encuentran el de la creencia en Dios (Católico...), en el que se tiene fe. «Fe ciega» es el requisito fundamental del deber ser, ante lo que dicen los superiores sólo cabe la posibilidad de la fe ciega, no se puede dudar, y, ante todo, impone la necesidad de creer en el superior jerárquico, en la medida en que éste fundamenta su mando (la capacidad de ordenar) en un ideal valorativo superior, lo que convierte el *deber ser* del soldado en un talante, en un sentimiento (en la conformación de algo propio e inequívoco del «ser») de lealtad al superior, con el cual se identifica al grupo general, por lo que los superiores se convierten, siempre, en «jefes ideales».

Es común que los soldados vean al sargento encargado de su grupo al poco de conocerlo como un «ogro», una persona que se comporta de forma especialmente dura y violenta, allende de que cada grupo toma como personal una situación general. Esta toma de Poder por parte de una persona, el sargento, para con un grupo, el de los soldados, no sólo crea una división formal entre dos grupos «antagónicos», sino que, además, crea una empatía entre personas, pero en el proceso militar todo esto que decimos se va limando hasta llegar a un punto en que los soldados revalorizan al mando, identificándose con él y, a la vez, creando una imagen del ser que está en conexión directa con un ideal superior que también les alcanza a ellos.

Al poco de entrar como reclutas se nos dividió en pequeños grupos de unas 30 personas, con la finalidad de enseñarnos los rudimentos de la instrucción (desfilar), a cada grupo se nos asignó un cabo y un sargento «instructor»; todos estábamos de acuerdo en que el sargento se comportaba como una «mala persona», de forma despótica; con el paso del tiempo, a la par que se limaban las asperezas en el comportamiento militarizado, iba cambiando la imagen del sargento, hasta que llegamos a un punto en que aquel hombre era «una de las mejores personas que había en este mundo». Lo que en el mundo civil sería una contradicción, pues, «el jefe es siempre el jefe», negativo por definición, en el mundo militar es una cuestión de identificación social con el que manda, al que a la larga se le pide un comportamiento de dureza extrema, pues se da por hecho que en la escala jerárquica sólo queda dicha posibilidad, el sargento y los soldados que manda son una sola cosa identificados por igual con una serie continuada de supervalores.

Todo esto nos lleva hacia los nuevos derroteros del *discurso institucional*, sin alejarme mucho del tema, puedo decir que en dicho discurso se relativizan los valores militares, tratados como cúmulos ideológicos estáti-

cos y universales, impregnando de palabras como Patria, Dios, fidelidad, servicio, etcétera; frente al discurso de los soldados (la tropa) que se muestra como acción por sí mismo; el *deber ser* de los soldados les impone no reflexión sobre las acciones que realizan, sino una rápida y pronta ejecución del «deber» (lo que se les ha ordenado).

Pero el *deber ser* no sólo se relaciona de forma exclusiva con los soldados, sino que por extensión está en la definición de todo aquello que se supedita en la jerarquía, cualquier objeto tiene un sentido dado, un «deber» que lo define, así, pues, una cama o una garita que en un momento no cumplan la función para la que fueron delimitados es arrestada; puede sonar extraño que se arreste una cama (la cual se lleva a algún sitio para los objetos arrestados, una «especie» de calabozo), pero en el caso de que se produzca un accidente con ella, y, por lo tanto, pierda su sentido formalizado, su *deber ser*, es revelada de su puesto.

En el cuartel donde hice mi trabajo de campo había una nave, bastante grande por cierto, dedicada a los objetos arrestados (cientos de armas, mobiliario variado, y los objetos más dispares: bidones de aceite, una furgoneta, incluso, un juego de palos de golf...), pero lo realmente curioso es que había dos garitas, a escasos metros una de otra, una de ellas había sido arrestada porque la escalera de metal había hecho que se cayera un cabo durante el relevo de la guardia, no era un fallo humano al subir una escalera, era un cumplimiento del *deber ser* de la garita, y, por lo tanto, arrestada y sustituida por otra (hecha nueva y exactamente igual que la anterior, incluida la escalera de metal), cuando se pasara el tiempo de arresto (tres años) se tiraría la nueva y se utilizaría la que fue arrestada.

Baste este ejemplo para que digamos que el incumplimiento del deber ser es castigado con el arresto, al igual que la garita, que es una separación del deber, lo que significa, militarmente, una de las ofensas más grandes que se pueden hacer. El «deber» es la última aspiración de toda persona en el ejército; la privación, por la negación que supone el arresto, es el descrédito más importante ante la comunidad y, sobre todo, porque el cumplimiento del deber ser supone la suma de tiempo, hecho que es negado cuando se es arrestado, y, por lo tanto, la posibilidad de escalar puestos en la jerarquía (pérdida de *status*).

VI. EL SISTEMA DE VETERANIA

La utilización del modelo de institución total, ideado por E. Goffman, fue hecha a posteriori de mi propio trabajo de campo, esto significaba que yo descubrí el modelo una vez tenía el material etnológico en mis manos, por lo cual pude adaptar la teoría a mis propios análisis, y no al revés, como seguramente hubiera ocurrido si yo conociera a priori a Goffman —no quisiera que las siguientes líneas sonaran a confesionario, pero aún menos

a autocrítica postmoderna—. No es este el momento de entrar en la crítica de la teoría, pero, sin embargo, quiero poner de relieve un hecho, el cual servirá para que yo pueda continuar mi exposición; hemos dado (la comunidad científica) por buena y obvia una de las cosas que dice el autor antes citado con respeto a la institución y que tiene que ver con «la secuencia regular de cambios que la carrera introduce en el yo de una persona, y en el sistema de imágenes con que se juzga a sí misma y a las demás» (Goffman, 1987: 133).

Ahora bien, no basta con exponer una duda, plantear una institución y observar, sin más, cómo funciona, tal como hace Goffman, con más o menos acierto; hay, además, que intentar mostrar cuál es el contexto en que se mueven nuestras afirmaciones y no dejarnos llevar por el hecho de que como somos antropólogos (sea lo que sea un antropólogo) siempre que digamos que algo es un ritual, por el simple hecho de que así lo hemos catalogado, ya es un ritual.

En cierta medida esto mismo me pasó a mi cuando me acerqué al tema del servicio militar: primero, me dejé llevar por aquéllos que decían que éste era un ritual iniciático, y, segundo, me creí el modelo de institución total de cabo a rabo. Claro está, metí la pata hasta el fondo, pues di por hecho lo que todos creían una obviedad, cuando en realidad yo no lo veía de esa manera, y sólo aprendiendo a ser agradecido y respetuoso, pero también valiente a la hora de defender mis —pocas— ideas, retomé el tema hace unos años, y fue entonces cuando me di cuenta de que más allá de rituales iniciáticos, carreras e instituciones totales había un mundo que explicar.

El *deber ser*, el tiempo como estructura formal, etcétera, están en relación directa con el sistema de veteranía, que explica el mundo vital de los soldados, que conforma el servicio militar como ritual iniciático, que estructura la institución total, que da un sentido nuevo y radical a la jerarquía y disciplina que mantiene el grupo de soldados y que, por último, reproduce muchos de los principios axiomáticos de nuestra cultura. Así, pues, el sistema de veteranía es, en definitiva, el gran tema que podemos tratar cuando hablamos del servicio militar.

El sistema de veteranía consiste, básicamente, en la división tácita de los soldados en dos grandes grupos, los novatos y los veteranos. Dicha división se hace en función de la cantidad de tiempo cumplido de servicio militar, a más tiempo, más veterano, y viceversa. La promoción de una escala a otra se produce cuando llega una nueva reclutada, a la par que se marcha otra, el hito concreto que han de pasar los novatos está simbolizado por el ritual llamado «novatada» o «bautizo».

La función concreta de los novatos es realizar el trabajo mecánico y rutinario de los cuarteles (limpiar, hacer guardias y cosas por el estilo), a la par que son simbolizados como seres asexuados, en contraposición a la masculinidad manifiesta de los veteranos. Mucho del ritual de las novatadas se expresa en la medida que tiene, primero, que identificar a los novatos en

su calidad de seres inválidos sexualmente, segundo, proponerles en una nueva condición, y, tercero, tomarles como seres «renacidos». El campo semántico del ritual tiene una clara delimitación sexual, pero el hecho realmente significativo es que dichas condiciones sexuales se producen en consonancia con los planteamientos culturales de la índole «popular», es decir, existe un grupo, el de los veteranos, que mantiene el prestigio en su condición de hombres y que se contrapone al de los novatos, que además de no mantener prestigio son considerados como parte de los Otros, conformado por todos aquellos que son no-hombres.

Pero como ya decía, el sistema de veteranía está en consonancia con el sentido funcional, y primario, de la institución, «sirve», pues, para establecer una primera división del trabajo a realizar, pero donde el sistema se impone en la medida que remarca la diferencia entre los soldados integrados, los novatos, y asimilados, los veteranos, al *deber ser*. Sólo los veteranos tienen una serie de «derechos» para con el resto del grupo, tanto a la hora de ir en formación, como a la de representar al resto de sus compañeros, en el caso de que fuese necesario, o, sobre todo, a la hora de hacer ostentación de los símbolos que representa y/o se asocian con la masculinidad, como es en el caso de llevar la gorra de determinada manera, ligeramente ladeada tras quitar la cinta de plástico (= *capar la gorra*), o tener un candado en la taquilla (que sería el último reducto, violable por los mandos, de lo individual), o poder llevar unas botas diferentes, de alguno de los tipos asociados en el ejército a la mayor masculinidad, caso de los paracaidistas o las COES (Cuerpos de Operaciones Especiales), simples «botones de muestra» de entre cientos de patrones.

Esta división entre los veteranos-hombre y novatos-asexuados se establece también en la capacidad de los primeros para mantener un alto *status* militar, en la medida en que el tiempo es un grado, y por lo tanto acerca a los soldados veteranos, que supuestamente tienen una mayor responsabilidad y experiencia, a los ideales de la institución; el mejor soldado, pues, no es aquél que cumple mejor con su deber (tal cual pensaríamos en la vida civil), sino aquel otro que se atiene a su *deber ser* durante la mayor cantidad de tiempo, condición que sólo se cumple en el caso concreto de los veteranos.

El sistema de veteranía tiene una tercera característica, en la medida que la máxima aspiración de los soldados es la licencia (*la blanca*, que dicen), y a sabiendas de que el ser hombre (género masculino) se «supervaloriza» en la sociedad, los veteranos son tratados como unos seres diferentes y superiores, y no sólo por los demás soldados, sino por igual por los mandos, los cuales confían en los veteranos para trabajos delicados o para que actúen en calidad de «cabos», lo que significaría un salto jerárquico nacido de una condición temporal.

Se comprenderá, a la luz de lo que hasta ahora he dicho, aunque haya sido de forma tan breve, por qué el sistema de veteranía se muestra tan importante, es el punto radical donde el ritual iniciático general realmente

se implementa, se contextualiza y toma todos sus significados, ya sea en función de los esquemas militares, ya sea en los de la cultura civil, ponderando la separación expresa entre dos formas, muchas veces contrapuestas, de entender la cultura. Por todo ello, el sistema de veteranía se convierte en un punto importante del análisis del servicio militar, pues nuestras aspiraciones y valoraciones de la vida popular-civil bajo el preciso contexto simbólico ritual de la cosmología militar retoman una nueva interpretación en el gran poliedro del conocimiento social.

Ahora bien, en todo este análisis parece que únicamente proyecto un lenguaje iniciático (antropológico) sobre un hecho social concreto (el servicio militar), mostrando una interpretación, una traducción más o menos precisa de la «realidad», pues es difícil pensar desde la vida civil que el tiempo y un «ritual» realizado en una noche (la novatada), donde se reflejan muchas de las frustraciones y radicalismos de una sociedad «machista» (en este sentido el ejército no supone un «mundo» más machista que el vivido en la sociedad civil no iniciada, simplemente es el reflejo producido en un espejo distorsionado, el ejército no es más que un *esperpento* de la sociedad que le mantiene), puedan delimitar realmente el que unos sean hombres y los otros simples seres asexuados. Pero esta paradoja se da únicamente bajo el contexto preciso de lo militar, donde no existe una delimitación entre los conceptos metafóricos y sacramentales.

Mientras que la metáfora da por hecho que la relación entre dos conceptos es de identidad y se hace por medio de la expresión «es como», en el sacramento la relación es de igualdad (homólogo), con el verbo unificador «es»; de esta manera la metáfora establece que en el rito católico de la Misa «el pan y el vino *son como* el cuerpo y la sangre de Cristo», mientras que entendido como sacramento se dice «el pan y el vino *son* el cuerpo y la sangre...» (Bateson, 1970; Zulaika, 1990). Esta diferenciación establece que dos conceptos se unen en identidad o igualdad en la medida del contexto al que se someten, y de su entendimiento preciso se desprende la consiguiente gramática cultural, bajo la cual se entiende la precisa contextualización en que se comunican y actúan los diferentes actores.

El consiguiente entendimiento de la vida militar hay que hacerlo bajo el contexto preciso de la sacramentalidad; esto significa que la realidad toma una nueva —e inesperada— perspectiva, «todo» se convierte, por el simple hecho de estar bajo el contexto militar-sacramental, en una verdad axiomática, no discutible. Se comprende, por lo tanto, cuando he dicho que un veterano *es* un hombre y un novato *es* un ser asexuado, que son tratados de esta manera. El contexto exige a los actores, los soldados, literalidad, en este sentido estar en una garita no es esperar, simplemente, el posible ataque de un enemigo, estar en la garita «es defender hasta la muerte el cuartel del ataque del enemigo», de esta manera es imposible llegar a un acuerdo con un militar sobre algo que paradójicamente pueda salirse de lo establecido.

En cierta ocasión un civil, con cierta ingenuidad, se situó a unos cincuen-

ta metros del cuartel a realizar unas fotos —yo personalmente dudo que quisiera hacer fotos al que seguramente es el más feo y aséptico cuartel del mundo—; el caso es que el soldado situado en una de las garitas se percató del hecho y dio la alarma (pues, teóricamente, está prohibido hacer fotografías de los acuartelamientos y bases de carácter militar). Rápidamente los cinco soldados y el cabo que forman el GRI (Grupo de Rápida Intervención), armados hasta los dientes, y en una acción de película «americana» (recuérdese y póngase en el contexto de aquella serie de TV titulada *Los Hombres de Harrelson, SWAT*) se hicieron con la cámara de aquel civil que no salía de su asombro; sin querer aquel hombre se había convertido en el literal espía enemigo del Ejército español; nosotros diríamos, desde nuestra complicada vida civil, que se había tomado a un civil por un ocasional «enemigo»; sin embargo, el parte del GRI lo dejaba claro: «tras la acción, se había conseguido arrebatar una cámara fotográfica al enemigo».

El *deber ser* es parte de esta literalidad militar, de donde el soldado no es más que un peón asimilado a una acción continuada, que es establecido desde y para unas formas valorativas determinadas, no del todo ajenas ni a su mundo de origen, ni de destino. A su regreso al mundo civil lo hará con una nueva condición, cuando menos la de haber cumplido con el Estado, a la par que la de saber que viene de un sitio que le ha enseñado y hecho experimentar cosas que sólo dentro del cuartel se aprenden, inculcándole una impronta que por suerte sólo le marcará el resto de su vida.

BIBLIOGRAFIA

- Alvira Martín, Francisco (1987): «Funcionalidad/disfuncionalidad del servicio militar en la España actual», en *De Juventud*, 27: 17-23. Madrid: Instituto de la Juventud.
- Anta Félez, José Luis (1987): «Jóvenes del medio rural y el servicio militar», comunicación presentada al *IV Congreso Nacional de Antropología*. Alicante.
- (1988): «Las Instituciones Totales: Descripción y análisis», en *Estudios de Ciencias y Letras*, 16: 16-22. Montevideo.
- (1990): *Cantina, Garita y Cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*. Madrid: Siglo XXI.
- Barroso, Cristino (1991): *¿Para qué sirve la «mili»? Madrid*. Siglo XXI.
- Basaglia, Franca (1976): «La carrera mortal del enfermo mental», en Basaglia, Franco (Comp.) *¿Qué es la Psiquiatría?*: 251-324. Madrid: Guadarrama.
- Bateson, Gregory (1970): *Metólogos*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Collin, A.; Young, R. (1986): «New directions for theories of career», en *Human Relations*, 39, 9: 837-853.
- Coser, Lewis A. (1978): *Las instituciones voraces*. México: FCE.
- Díaz Viana, Luis (1986): *Canciones populares de la Guerra Civil*. Madrid: Taurus.
- Eliade, Mircea (1975): *Iniciaciones místicas*. Madrid: Taurus.
- Foucault, Michel (1985): *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- (1986): *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.

- Goffman, Erving (1987): *Internados. Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*. Madrid-Buenos Aires: Murguía, Amorrortu.
- Guattari, P. (1976): *Psicoanálisis y transversidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Herrero-Brasas, Juan Antonio (1986): *Informe crítico sobre el servicio militar*. Barcelona: Lema.
- (1989): *Informe crítico sobre el servicio militar*. Madrid: Ars-Media.
- La Fontaine, Jean J. (1985): *Iniciación*. Barcelona: Lema.
- Laguna, Francisco (1987): «Juventud y servicio militar», en *De Juventud*, 27: 37-44. Madrid: Instituto de la Juventud.
- Lourau, Réne (1970): *El análisis Institucional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martínez Celorrio, Xavier (1991): *Una marginalidad cautiva: deculturación y estigma de los jóvenes sin hogar*. Barcelona. Inédito (en Xerocopia).
- Ortigosa, Juan C. (edt.) (1977): *El análisis institucional*. Madrid: Campo Abierto.
- Sudnow, David (1971): *La organización social de la muerte*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Turner, T. S. (1987): «Transformation. Hierarchy and Transcendence: A reformulation of Van Gennep's model of structure of Rites de passage», en More, S. F.; Myerhoff, B. G. (EDTS.), *Secular Ritual*. Assen: Van Gorcum.
- Turner, Victor W. (1988): *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- Van Gennep, Arnold (1986): *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus.
- VV.AA. (1977): *Análisis institucional y socioanálisis*. México: Nueva Imagen.
- Zulaika, Joseba (1989): *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación*. San Sebastián: Baroja.
- (1990): *Violencia Vasca*. Madrid: Nerea.